

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

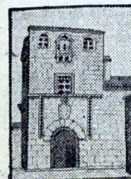
Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Algunas divagaciones acerca de Extremadura y de lo extremeño integral	Juan Luis Cordero.
Plegaria.....	Eugenio Payo.
En el 60 aniversario: Filosofía de la seguridad social en los Papas (II y último).....	Crescencio Rubio Sáez.
Serenidad	Eduardo Cerro.
Adelardo Covarsí.....	
El poema del circo (Motivo lírico).....	Pompeyo Cruz.
Ideario Extremeño	Bartolomé de Torres Naharro.
Arquitectura rota	José Canal.
La carta.....	Eladia Montesino.
Diálogo de actualidad: Chuchita se casa	Arturo Gazul.
Romancillo de la serranía.....	Rafael González Castell.
En torno a la crítica de «Alcántara»	Pedro Romero Mendoza
Versos inéditos.....	J. Ramos Aparicio.
Letras de luto: Adelardo Covarsí	Luis Montalbán.
Avisos	«Prudens».
Crítica sin hiel.....	Un Aprendiz de Hablista.
Mirador: Crónica.....	Curio O'Xillo.
Recensiones.....	Valeriano Gutiérrez Macías y C. C.
Notas breves: De dentro y de fuera	José de la Peña.
Bibliografía	
Noticia de Revistas	C. R.
Láminas.....	Caricatura de Burgos Capdevielle, dibujo a la pluma de Antonio Sánchez Paredes y fotos Mestre y Más.



ALCANTARA



AÑO VII

31 AGOSTO 1951

NÚM. 46

Algunas divagaciones acerca de Extremadura y de lo extremeño integral

GRATOS y sedantes estos días plácidos de finales de Agosto entre los fragosos recovecos aledaños de la vieja *Miróbriga*, no lejos de la Peña de Francia. Peñascos gigantes de las más raras formas erizan las laderas de los cerros continuos. Carrascas recias agarran sus raíces entre las grietas del berrocal mientras en los leves claros se alzan encinas vigorosas y la maleza triunfa en cortos trechos de junto al río cuyo nombre nos suena como un eco tribal, Yeltes, que discurre por su cauce hondo y en cuyas márgenes de duro cuarzo superpuesto en bloques desiguales formando precipicios se muestra la huella perenne del agua que lamió y horadó la basamenta de los peñascos y los ahondó y pulió en incontables riadas de muchos siglos, de milenios quizá. Nos estremece el calofrío de la evocación. Aquí, en los fabulosos tiempos protohistóricos antes de que llegasen los celtas, el remoto aborígen de Vetonia encendía hogueras que en las lóbregas noches eran señales que llevaban de tribu en tribu, fulgurando en las cumbres desde Sierra de Gata hasta el país de los maragatos, desde *Deóbriga* hasta *Laconimurgí*, el alerta o la llamada, el alborozo o el duelo, el implacable pregón de guerra o el gozoso anuncio de la paz. Asomados a la baranda del puente que domina el río, en la tarde apacible cargada de silencio, en medio del paisaje abrupto, si cerramos los ojos nos parece escuchar como si surgiese de nosotros mismos el clamor confuso del *cum*, el *clan* de los pueblos pastores, y el espíritu se nos llena, digámoslo así, de visiones confusas en vislumbre de no sabemos que atavismo y luego, al contemplar este raro pedrusco que agua abajo del puente semeja un monstruo antediluviano asentado como en un pedestal en un recodo de la empinada orilla, nuestra ilusión se torna alucinante y tiende su vuelo la loca fantasía. ¡Ah! ¡Cuán otras las preocupaciones de nuestro cotidiano vivir! ¡Cuán otras nos esperan cuando dentro de breves días abandonemos este feliz remanso! ¡Qué

dulce soñar a solas en íntimo coloquio con la Naturaleza y tan cerca de Dios que nos sentimos puros e ingrátidos como si acabásemos de comulgar! Nuestra imaginación se puebla de visiones imprecisas de fabulosos acaeceres lejanos tenuemente intuídos, más que a través de enrevesados y contradictorios textos de Historia, por obra y gracia del Hada de los Sueños, Visión entrañable de la Vetonia ilustre en el tiempo difícilmente imaginable de los pobladores autóctonos, de aquellos pastores guerreros casi míticos de los que tanto sabe y tanto supo imaginar nuestro señor el hidalgo don Juan, preclaro autor de *Fuente Santa*. Así en esta hora el parloteo musical de esas nenas ágiles y alegres que allá abajo saltan como cabrillos entre los matojos del berrocal poniendo en el tono pardo del paisaje la policromía ondulante de sus claros vestidos y el sonriente matiz de sus bellos rostros juveniles, nos da la sensación de algo anacrónico. Nos ha ganado la emoción, el misterio inefable de la vida antigua y surge nuestra noción, no más que caprichosa acaso, de ser esto una prolongación de lo que rutinariamente llamamos la Extremadura nuestra, pese a distingos territoriales y a escarceos de archivo. Y cuando, ya de noche, todavía en plena lucubración regresamos al hotel del balneario, se nos antoja ver profanados por un detestable remedo de civilización este rincón amable, tan lleno para nosotros de atisbos y de sugerencias y tan cordial, pese a su rudeza salvaje, como si fuese algo señero de nuestro origen, cuna y solar de nuestra grey en lo remoto de las edades.

Y es con ocasión de este asueto, cuando barajando nociones y atisbos, recuerdos y añoranzas, nos hemos puesto a divagar...

*
* *

Por cuando el inolvidable y malogrado Tomás Martín Gil, en unión de ese prometedor trío de poetas—Canal, Bravo, Delgado—fundó esta admirable realidad que es hoy «ALCANTARA» tan generosamente alentada por Luis Grande Baudesson y tan inteligentemente orientada por Pedro Romero Mendoza, sosteníamos con el primero frecuentes altercados en los que latía un hondo afecto y, en el fondo, una íntima aunque casi nunca confesada compenetración. Tomás, tan culto, tan meticuloso, tan fundamentalmente bueno, se escandalizaba en ocasiones con nuestra escasamente acomodaticia interpretación de la Historia. Por cuando le nombraron Académico correspondiente, a vueltas de sustanciosas disquisiciones solíamos colocarle alguna que otra pampirolada:

—En realidad vosotros los ratones de biblioteca no servís más que para poner modorra a la gente. La Historia pierde su encanto si no se la adorna, si no se la ilustra con algo de imaginación—dijémosle cierta vez.

—La realidad es que tu eres un troglodita—nos replicó—La Historia es la reconstitución fiel de los hechos. Lo otro es el cronicón a lo monje de Viterbo. Mixtificaciones despreciables.

—Para mí todo es uno y lo mismo desde que los propios historiadores echaron abajo lo que desde bien chiquito era un orgullo y una ilusión de buena ley. ¡Están buenos tu Schulten, tu Hoffman y tu Niesse! Ahora resulta que Viriato no era vetón, ni lusitano... ni había estado en Zamora si mucho nos apuras.

—Esas son interpretaciones de datos que están aun por concatenar y aquilatar en lo que puedan tener de realmente auténtico. En todo caso, tienen su fundamento en anales, en vestigios indubitados, en la coordinación de los hechos así como en las de tiempo y de lugar. Se apoyan en verdades estrictas. Nada de fantasías, nada de trucos, nada, en fin, que pueda confundirse con el martingaleo del juglar que se pone a hacer juegos malabares para recreo de papanatas o a arañar la mandolina berreando abominables coplas. La Historia es algo más serio. Es, como se ha dicho muchas veces, la gran maestra de la vida. Puede decirse que la madre de todas las ciencias. En ella colaboran la Geología, la Arqueología, la Cronología, la Etmología, las Matemáticas...

—¿Las Matemáticas? ¡Sencillamente intolerable! Dicho sea con muchísimo respeto abomino esa ciencia en todas sus ramificaciones. Ella es fuente de todos los males que agobian a la pobre Humanidad. El juglar puede ser y es con gran frecuencia un ser absurdo, pero ni por asomo tan nocivo como el tipo que conoce la geometría y el álgebra. ¡Ese es el enemigo! Por mucho que se disimule ya no hay quien ignore que esos compadres son los que van a darnos la puntilla. ¡Al diablo con las Matemáticas!

—¡Cretino!—nos increpó, ya con cierta predisposición a tirarnos algo a la cabeza.

—¡Bueno! ¡Allá tú con Pitágoras y sus compiches! Lo que te digo es que eso de Viriato es de lo más gordo que puede salirle al paso a quien desde que delectaba *El Juanito* se sentía orgulloso de haber nacido en tierras de Cáceres por ser paisano suyo. Y bien se que en cierto modo estos son prejuicios aldeanos, como diría Unamuno, pues con que fuese español ya es bastante. Me escuece, pero me resigno, aunque esta resignación se turbe al considerar que Aulaco, Ditalco y Miminuro eran españoles también. Y ya puestos a tirar a arreglarnos, a consolarlos, caemos en la cuenta de que siempre hubo héroes y siempre hubo asesinos. Lo que no podemos poner en pie de momento es si siempre hubo y habrá en el cucurucho del Poder próceres del corte de aquellos cives romanos que no quisieron cuentas con los asesinos ni con los traidores.

—Ahí de las enseñanzas de la Historia:

—La Historia, los textos de la Historia y las investigaciones sucesivas se contradicen con frecuencia y se queda uno chato, por ejemplo, al saber que cuando los iberos llegaron a la meseta ya estaban los celtas instalados allí. Esto es, todo lo contrario de lo que aprendimos en la escuela cuando nuestros espíritus infantiles

despertaban con la más férvida ilusión al amor sagrado de la Patria. Y Dios nos libre del pecado de irreverencia. Bromas aparte, sabemos que en punto a *hacer* la Historia es digna de loor la docta y paciente tarea de algunos hombres insignes, pero cuando ahondamos un poco se nos antoja que aun los más ilustres echaron la imaginación a volar de vez en cuando... sintiéndose un poco juglares. Esto, a algunos poco dados a la contemporización, a la simulación y al similar nos desconcierta y nos irrita a veces. Y si nos llamamos extremeños, al querer desentrañar nuestro origen, lo que fué y es en realidad Extremadura y su ámbito nos hacemos un lío como ante un crucigrama que no se le ve la solución. Extremadura...

—¡Ah, Extremadura!

—¿Sabes lo que te digo, querido Tomás?

—Seguramente que alguna tontería de las tuyas.

—Nada de tonterías. Una verdad como un templo: Eso de Extremadura, tal y como se dice y se suele entender, es una entelequia: Extremadura no existe. ¡Hala! ¡Ya lo sabes!

Al oírnos esto, el bueno de Tomás nos miró estupefacto. Luego se alzó del asiento echándose las manos a la cabeza y nos dejó solos.

Pero después de una agarrada de estas procurábamos desenojarse y él transigía siempre y hasta aceptaba muchas de nuestras sugerencias sobre todo en lo referente a nuestra inquietud depuradora del concepto de Extremadura y de lo extremeño íntegral.

¡Pobre y querido Tomás! La muerte se lo llevó cuando planeábamos una excursión a base de alpargata, borrico y carricoche partiendo de Coria, o algo así, en cortas jornadas hasta dar en las Hurdes y desde allí llegar a Guadalupe pasando por Talavera la Vieja. Mas... ¡qué razón tenía Bossuet! ¡Cuántos proyectos, cuántos anhelos, cuántas esperanzas nos llevamos consigo al hundirnos en la Eterna Noche tras el corto tránsito de la pobre vida humana!

* * *

Antes de que arribaran los celtas, antes de que iberos y tartesios empezaran a confundirse, fué Vetonia. Era una raza pura, fuerte y bella. Rudos pastores, cazadores sagaces e intrépidos, eran también guerreros temerarios e irreductibles. Adoraban al Sol, Padre de la Vida, y creían en los gnomos, duendecillos cordiales de la tierra y en los silfos vigilantes del agua. Creían también en poderes extraños que alguna vez dañaban al incauto o al venturoso, pero que siempre, más pronto o más tarde, abatían la iniquidad y castigaban el pecado oculto. Los hombres, no muy talludos, eran de apostura gallarda, fibrosos y ágiles y tan inmunes al gélido y cortante cierzo invernal como a la agobiadora ardentía veraniega. Sus mujeres, en

la gala de la juventud, eran aun más hermosas que las ondinas en entrevistas cabe los hontanares en las alboradas del estío, más aun que las hadas que se aparecían las noches de luna entre los claros del bosque. El vivir era sencillito y patriarcal. Se regía por la experiencia y el consejo de los ancianos aunque dando plaza a la iniciativa y al valor siempre templado por los dictados de la prudencia. Leales y hospitalarios, se tornaban crueles ante la falacia y ante la felonía y eran feroces en el combate al que solo se aprestaban en defensa legítima o cuando peligraba su independencia y, como inexorable anuncio de guerra sin cuartel, enviaban al enemigo al iniciarse la batalla, en lugar de un parlamentario contemporizador, un bravo y bien armado jinete ¡uno solo! que fieramente, orgullosamente, iba a matar y a morir, bello y magnífico como un arcángel...

Durante muchos siglos los vetones se mantuvieron sin mezcla alguna, aislados y dichosos en su vida pastoril e idílica. Habitaban cierta parte montañosa que con algunas ramificaciones va de la zona septentrional al mediodía, confinada por los vacceos en el norte y gran parte del este y colindando al sur con los tartesios. Al occidente radicaban los lusos, cuyas tribus llegaban hasta el mar.

No es posible determinar sin error el emplazamiento y los límites de este pueblo al que consideramos nuestro ascendiente aborigen; pero desde Tolomeo los más serios historiadores corroboran que fincaba en la zona oriental de las actuales provincias de Zamora, Salamanca, Cáceres y algo de Badajoz con parte de Portugal en la conjunción de estas provincias, teniendo como extremo límite el Guadiana. La población, escasa y muy repartida a lo largo del territorio, era más densa en la zona que consideramos central, ya contigua a las cumbres coronadas de nieve: La Vera, Sierra de Gata, Hervás, Béjar, Ciudad Rodrigo... Vetonia era también desde Albuquerque hasta Guadalupe pasando por las sierras de San Pedro y de Montánchez y llegando hasta Puebla de Alcocer (*Laconimurgí*) en el límite de los oretanos. El proceso de adaptación a su contorno, fué muy lento en Vetonia. Todavía, al surgir Lusitania con el Pueblo Rey tuvo su parte aislada en rincones inexplorados y en lugares frágiles alejados de las rutas del tránsito y así vivieron dilatadas centurias adaptándose y confundándose muy paulatinamente, pero más cada día, con los pueblos que llegaban de la meseta, por el norte, por el mediodía...siguiendo generalmente el curso de los ríos; pero todavía ya bien avanzada la llamada Edad Moderna se mantuvieron completamente aislados en no pocos lugares hasta confinarse ya muy degenerados físicamente en las Batuecas y en las Hurdes, hasta que Alfonso XIII (q. D. h.) fué allá y mandó abrir caminos y llevó médicos y maestros y sacerdotes y hasta Misiones Pedagógicas. Por cierto que nos han contado que aquellas pobres gentes sienten la nostalgia de su vida de antaño y no bendicen ciertamente el poquito de civilización que ahora les llega, a menudo en forma de inspectores y recaudadores de tributos y otros angelicales peones del tragín contemporáneo. Benefactores ilustres de las Hurdes lo fueron a más del inolvidable Doctor Porrás y Atienza, el

Obispo Jarrín con Polo Benito y en puesto de honor el hoy Cardenal D. Pedro Segura.

No es cierto que los vetones tuvieran ciudades. Los nombres de sus ciudades, fortalezas en su origen que correspondían a los puntos de paso hacia la meseta inferior o hacia Portugal, son célticos y romanos. Surgieron como hitos estratégicos en las luchas de penetración y de conquista. El sufijo *briga* (fortaleza) lo corrobora. Así *Miróbriga* luego *Augustóbriga* (Ciudad Rodrigo), *Cartaeobriga* (Almeida en Portugal junto al Coa), *Lancia Oppiddum* (entre Valverde y Mosanto) *Deobriga* y otras muchas de localización, más que difícil, hoy imposible.

Y es en este lento proceso de penetración y adaptación como sobrevienen los injertos raciales. Primero el aborigen de Vetonia se funde en parte y en parte llega a confundirse con los vacceos de la meseta castellana a los que como a los arevacos algunos autores atribuyen origen céltico, unos y otros confinados en las actuales provincias de León, Burgos, Palencia, Valladolid, Soria, Segovia y Avila. Luego y quizá simultáneamente por distintos sitios, llegan los celtas y los iberos con los que de grado o por fuerza los vetones comercian o se cruzan. Los celtas, *galli*, *keltai* o *keltoi* (lo que según D'Arbois de Jubainville equivale a nobles, altos, guerreros) de origen muy oscuro, pues no hay de ellos anales manuscritos ni grabados en piedra, se consideran por muy doctos investigadores de filiación indo-europea con origen en Asia. *Hiperbóreos* los nombraron los griegos y todavía en el siglo IV antes de Jesucristo Heráclides de Ponto llamó así a los galos invasores de Roma. Sus primeras incursiones en Europa se producen según Forner durante la Edad de Hierro, más moderna conocida por la época de la Ténne. Irrumpieron por las estepas del bajo Danubio desde donde franquearon la barrera de los Alpes por el paso de los Vosgos estableciéndose en el centro y oeste de Francia, pasando a Irlanda y Escocia donde favorecidos por el islamiento territorial conservaron sus usos y costumbres peculiares hasta el siglo XVI de nuestra Era. Dícese, sin embargo, que es en Auvernia donde esta raza se conserva más pura. Y fué un grupo de ella el que pasando por las orillas del Garona penetró en nuestra península; no estando muy claro si a su llegada a Francia o más tarde, procedentes de Armórica.

El verdadero origen de los iberos no es menos oscuro. Hay quien los identifica apoyándose en semejanzas de toponimia (el Padre Fita en España y el profesor Marr de San Petersburgo) como oriundos del Cáucaso o sea de la actual Georgia, que era *la otra Iberia*, confinada por Armenia, Albania y la Cólquida; aunque, por otra parte, la filología ha comprobado en términos generales afinidades muy marcadas entre los iberos y los pueblos del norte de Africa del grupo llamado *hamita*, sobre todo, de los bereberes libios. Sea como fuere, los iberos que originariamente parece que solo habitaban el Este de la península desde el Júcar hasta algo más al norte de Tarragona, penetraron por el interior bastante arriba de la cuenca del Ebro y por allí entraron en colisión con los celtas mientras que por

el suroeste se mezclaban con los tartesios, muy similares, con quienes ya en el siglo III aparecen fundidos y extendidos a la meseta y en general a toda la península.

Celtas, iberos, tartesios y pueblos aborígenes acaban por fundirse y confundirse. Surge el celtibero como ente racial predominante en la península. Los rasgos étnicos se mezclan, se confunden, se diversifican y esto se acentúa muy señaladamente cuando arriban a las playas de Gadir las flotas comerciales de los fenicios y cuando a los vergeles del litoral levantino llegan los cantos de la Hélade desde las naves de las islas de Grecia. Los traficantes y los guerreros de Cartago, menos conciliadores, nos llegan por vez primera del edén mallorquín. La historia sigue su curso. Se abre el ciclo fecundísimo de la portentosa civilización romana que nos trae con sus invencibles legiones la noción del Derecho, el austero concepto del honor de los primeros *cives*, el culto a Ceres coronada de espigas, a Baco el de las viñas, a Minerva madre de la Sabiduría y a Venus diosa del Amor.

La España celtibérica se resiste al romano. Viriato, pastor de origen según unos y ladrón y cuatrero según otros, que se revela como experto general y como formidable estratega, cuya ciencia descansaba en el conocimiento del terreno y en no presentar batalla sino en coyuntura favorable, llega a ser un obstáculo grave, llega a constituir un serio problema para el Pueblo Rey. Pero Viriato perece víctima de la traición. Roma se impone. Penetra hasta la entraña misma de Vetonia y, más que conquistarla, se la asimila. Con Lusitania nace *Eméríta Augusta* cuya guarnición de cincuenta mil hombres, cuyas amplias vías, cuyas mansiones suntuosas, cuyos templos y cuyos monumentos son clara muestra de la importancia que Roma concedió a la región o comarca de entre Guadiana y Tajo. Este solo hecho nos llevó siempre a considerar que por fueros de la Naturaleza y de la Historia es Mérida la verdadera capital de Extremadura: Fué en los días álgidos de Lusitania cuando empezó a hablarse del hijo de cierto carpintero de Judea que aseguraban ser un enviado del Verdadero Dios y cuya Religión, fundada en la Caridad y en la Bondad, iba ganando las conciencias allí donde era dada a conocer. Andando el tiempo Mérida había de dar a la Excelsa Doctrina Mártires como la dulce Olalla, que hoy se venera en los altares.

Vetonia se fundió en Lusitania, aunque ambas fueron de confusos límites. Según Estrabón, Lusitania confinaba al norte con el Tajo que le servía de límite, al este lindaba con los carpetanos y vacceos y por el sur y oeste con el oceano, lo cual no está demasiado de acuerdo con las delimitaciones que señalan otros autores. Pero, por lo que ahora hace al caso, el hecho es que absorbió a Vetonia y que, acaso más acentuadas que en otras regiones, en la nuestra dejó Roma la impronta gloriosa de su estilo, la marca ilustre de su personalidad, como cesión generosa y fraterna, no como sello de dominación. Dijérase que el alma romana tomó carta de naturaleza en Lusitania. Pero también habían de dejarnos sus huellas en lo racial;

mixtificando más aún de lo que ya lo estaba, la estirpe de los vetones originarios, los pueblos que llegaron después. Vino para Roma la época de la decadencia. Llegaron vándalos y alanos en bárbaro desbordamiento. Hubo un ciclo de sombras y con los visigodos renace en cierto modo la civilización al difundirse la Religión Cristiana y renacer las normas del Derecho. Llega Tarik con sus guerreros africanos hasta el Tiétar. Retumba desde un monte de Asturias el grito de rebelión de los cristianos contra los invasores del Islam. Sobreviene la inigualada epopeya que es, más que choque de razas, más que lucha tenaz de reconquista, guerra de Religión. El Romanero es un Libro de gigantes páginas que ningún otro puede superar porque es, a más del prontuario de una raza de héroes fabulosos, la Edad Media intacta y palpitante... España, sin embargo, llega quizá a su máximo esplendor bajo el predominio de los Adderramanes, en los días gloriosos y magníficos en que el califato de Córdoba era la admiración del mundo entero y no tenían rivales la gracia y la elegancia del árabe español, con sus altos poetas, con sus magnos artistas, con sus sabios ilustres. La historia proseguía. Todos y cada uno de estos avatares iba mezclando sangre nueva con la sangre aborigen y algo de la ajena espiritualidad en el antiguo espíritu de la grey primitiva, de Vetonía, de Lusitania...

* * *

Porque Extremadura *no había*, sin que, digan lo que quieran ciertos etimologistas, ese nombre provenga de lo *extremo* y *dura* de la tierra o de la raza con otras figuraciones y a base de ditirambos más o menos hueros. Tal nombre *no suena* en el romance hasta que Castilla se erige en reino aparte del de León. Mejor dicho, hasta que León y Castilla se refunden. Extremadura, *Tierras de Extremos* se dió en llamar a los terrenos de *pastos de invierno* comprendidos *al otro lado de los puertos de Castilla y León* y estas *tierras de extremos*, a donde se trasladaba ya al mediar la otoñada el ganado trashumante, se dilataban más y más a medida que avanzaba la reconquista. Está de todo punto comprobado que en esta denominación de *tierras de extremos* estaban comprendidas en principio extensas zonas de las actuales provincias de Toledo, Ciudad Real, Córdoba, Sevilla y hasta algo de la de Cádiz y de Portugal, además de las de Cáceres y Badajoz. En el siglo XV todavía no se aplicaba el nombre de Extremadura sino a una región muy confusamente, muy vagamente delimitada. Es mucho más tarde cuando surgen las denominaciones de Extremadura Alta y Extremadura Baja. La Alta, comprendida entre los ríos Tiétar y Tajo con Talavera de la Reina inclusive. La Baja, *del Tajo acá*, (que decimos los cacereños) sin que se puedan marcar exactamente otros límites, especialmente en sentido



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Dionisio Acedo. Director de «Extremadura»

meridional, ni siquiera aproximadamente sin un estudio minucioso que no sabemos haya sido minuciosamente realizado; al menos, en forma asequible para quienes aun siendo cultos y estudiosos no están singularmente especializados en este género de investigaciones. Embrionariamente es sabido que de Extremadura se tenía en las rudas tierras de León y Castilla la Vieja la idea de ser una especie de Eldorado, país de tesoros y maravilla. No estamos bien seguros de reproducir *ad pedem lítere* el viejo cantar:

Vengo de Guadalcanal,
allá por la Extremadura
de ponerle a mi caballo
de plata las herraduras.

Viejo cantar que entre otros por el estilo oímos en nuestra niñez a los abuelos y que, por lo menos, enseña que la denominación de Extremadura abarcaba parte de la Bética. Sabemos que en 1785, al dividirse España por Intendencias, la Extremadura comprendía ocho partidos que eran Alcántara, Badajoz, Cáceres, Llerena, Mérida, Plasencia, Trujillo y Villanueva de la Serena y es claro que el territorio de estos ocho partidos no era ni mucho menos el mismo que en la actualidad, que en ellos estaban incursos otros partidos que fueron desglosados en el transcurso del tiempo y que hubo agregaciones y segregaciones hasta la división provincial sobrevinida en 1833, la cual dividió a Extremadura en las dos provincias de Cáceres y Badajoz. Conocemos, aunque no los hayamos estudiado a fondo, merítisimos trabajos acerca de Historia que guardan relación con Extremadura, de entre los que recordamos de momento algunos de Solano de Figueroa, Vicente Barrantes, Publio Hurtado, García Plata de Osma, Orti Belmonte y del historiador y geógrafo Arenas López, autor ilustre de una serie de reivindicaciones históricas, tales como *La Lusitania celtibérica* y *Viriato no era portugués sino celtíbero*. Lo que echamos de menos, lo que echa de menos el estudio no especializado, es una síntesis fehaciente y seria que permita reconocer e identificar la Extremadura y lo extremeño integral.

La Extremadura actual que delimita y marca la Geografía política, cacere de unidad étnica, territorial y de abolengo, ofreciendo rudos contrastes en lo que se refiere a las costumbres. Por el norte y gran parte del Este se confunde con Castilla, por el mediodía con la Bética, por el oeste con Portugal. No es lo mismo el extremeño adyacente de Gredos que el adyacente de la cordillera Mariánica. No es igual el habitante de la Codosera que el de Mesas de Ibor. Existe bastante diferencia entre el paisano de Fuente del Arco y el de San Martín de Trevejo. Y no hablemos, por ejemplo, de comparar al hombre de Nuñomoral con el de Fregenal de la Sierra y sus contornos. ¿Dónde, pues, la Extremadura y donde lo extremeño integral? Bien sabemos que el tema es de gran envergadura y que se presta a interminables disquisiciones por parte de los doctos y de los imagi-

nativos. Y es desde este último punto de vista y del consiguiente interrogante, no tan atrabiliario como a primera vista parece, desde el que un cierto día largamos al inolvidable Tomás Martín Gil la *afirmación negativa* de que antes hablamos y que, si bien se mira, no es, en fin de cuentas, una pampirolada de imaginativo.

Y sin embargo, Extremadura existe. Es, por una parte, Vetonia. Un claro e insigne hijo de Vetonia, José María Gabriel y Galán, natural de Frades de la Sierra, plasmó en los poemas inmortales de sus *Extremeñas* la fabla que es reminiscencia, sin duda de ningún género, de la fabla primitiva de los vetones autóctonos. Obsérvese que hay en esto acaso un venturoso atavismo. Galán es para nosotros más extremeño que castellano y al afincarse en Guijo de Granadilla surge su cantar como algo ingénito. No hay, no puede haber en esto, un desencanto como en lo que afecta al pastor guerrero Viriato cuyo paisanaje nos enorgullecía en los días ya lejanos de nuestra niñez. Por otra parte existe a todas luces la Extremadura que es Vetonia y Lusitania y que nosotros localizamos en lo que bien podemos llamar cuna y solar de los conquistadores. Esto es: Las tierras más afines a las ciudades de Cáceres y Badajoz y a cierta parte de entre Tajo y Guadiana que se nos antoja de la misma proge, de la misma prosapia en cuanto a la étnica, a la espiritualidad y a las costumbres, con otros giros y otra fonética en cuanto a las modalidades de la fabla dentro del marco diáfano y selecto del romance.

*
* * *

Pero esto se hace largo. Nuestros días de asueto tocan a su fin y el tema está solamente iniciado. Sirvan estas divagaciones iniciales como enunciación del propósito mejor, del intento de desentrañarlo en lo posible hasta lograr una interpretación sobria, sintética y asequible cuya comprensión esté al alcance de cualquier lector no iniciado en el cabal conocimiento, interpretación y comparación de los textos históricos ni en el escarceo de monografías y ensayos que a menudo mixtifican, exageran, alteran o desmienten datos y acacimientos que se tenían por incontrovertibles.

Quede, pues, en este punto lo anotado o divagado acerca de Extremadura y de lo extremeño integral. Bien sabemos que en ello hay afirmaciones y sugerencias que quedan por de pronto en el aire. En todo caso, consideraremos un honor que plumas autorizadas lo remuevan sin que, llegado el caso, tratemos de escurrir el bulto; que, en fin de cuentas, siempre quedará incólume nuestro buen deseo.

JUAN LUIS CORDERO

Retortillo, 31 Agosto 1951.

PLEGARIA

Cierra, Señor, mis ojos vagabundos
ante tanta hermosura,
Y mis oídos a la gloria pura
del rumor de los mundos.

Sella mis labios para que no puedan
siquiera sonreír;
que la ilusión y el gozo de vivir
jamás se me concedan.

Detén la sangre indómita en las venas,
paraliza mis manos,
entenebrece el alma de inhumanos
desengaños y penas.

Estruja el corazón como racimo
de mosto generoso;
eternamente niégame el reposo,
la paz, el dulce arrimo.

Te devuelvo lo tuyo, sin rencor,
menos la imagen luminosa y bella
de mi primer amor.

Para Ti, todo; para mí... sólo ella...
Sólo ella, Señor.

EUGENIO PAYO